

Pensar Etnográficamente un Concepto, Por Ejemplo “Control”: Un Breve Comentario para Abrir la Discusión

Marcelo González Gálvezⁱ

RESUMEN

Este texto tiene por objeto relevar críticamente algunos lugares comunes que se tienen en Chile sobre la etnografía, proponiendo, en contraste, un esbozo de lo que sería una noción de etnografía propiamente antropológica, extrapolada desde las diversas propuestas de los contribuyentes a este número especial titulado “Etnografías del control”. Este esbozo considera la emergencia de una reflexión ecológica, para la que es fundamental el desarrollo de una dualidad esencial a toda aproximación etnográfica, compuesta por la relación entre una disposición personal y una situación intersubjetiva.

Palabras claves: *Antropología, Etnografía, Teoría Etnográfica*

ABSTRACT

This text aims to criticise a few beliefs upheld in Chile regarding ethnography, proposing instead an outline of an anthropological notion of ethnography, which draws on the contributions to this special issue entitled ‘Ethnographies of control’. This outline considers the emergence of an ecological reflection that should be based on developing a duality critical to every ethnographic approach, set up by the relation between a personal disposition and an intersubjective situation.

Key words: *Anthropology, Ethnography, Ethnographic Theory*

ⁱ Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo-e: magonzalezg@uc.cl.

Recuerdo haber participado, hace algunos años ya, de una álgida reunión académica que pretendía dar cierta univocidad a la noción que todos los presentes mantendríamos “oficialmente” con respecto a la antropología. En medio del debate, un colega significativamente excluido de la mesa central, levantó su mano para pedir la palabra. Luego de elaborar algunas frases de cortesía para disolver las tensiones que se habían intensificado durante el desarrollo de la reunión, nos propuso que, más allá de los intereses temáticos particulares que cada cual pudiese mantener, todos podríamos encontrar un eje de unidad para nuestras diversas antropologías en la etnografía. Esta idea, que personalmente me parecía meridianamente sensata, encontró no obstante una feroz resistencia. Mientras algunos sostenían que proponer dicho punto de comunión sería “extremadamente reduccionista”, otros llegaron a afirmar que un acuerdo como ese no daba cabida a empresas investigativas que históricamente habían sido muy importantes para la antropología chilena, “sobre todo en el ámbito de la etnohistoria”. La reunión prosiguió así durante una media hora, como un constante diálogo entre sordos que no querían dar su brazo a torcer. Cuando ya concluía, no obstante, una colega pidió la palabra para darle el broche de oro que se merecía. “La verdad – dijo ella, dando una larga pausa que intentaba añadir un halo dramático a su alocución – yo sé que hay algunos que no están de acuerdo con lo que voy a decir, pero... la verdad es que yo creo que la etnografía no puede marcar ninguna especificidad de la antropología, porque la antropología tiene cada vez menos especificidad... de hecho, para mí no hay ninguna diferencia entre la antropología y otras ciencias sociales... por ejemplo, miren la sociología... hay sociología de la cultura, también hay sociólogos que hacen etnografía... yo no veo ninguna diferencia, que no sea histórica, entre la sociología y la antropología...”.

Paralelamente, más o menos en la misma época, participé de otra reunión que tenía aproximadamente la misma finalidad: develar y manifestar la particularidad de la antropología. Esta vez no sólo habían antropólogos sociales, sino también antropólogos físicos, arqueólogos, y estudiantes de cada una de estas especialidades. En medio de un debate mucho más distendido, fui yo quien intentó poner sobre la mesa la trascendencia que podía tener la etnografía como eje, ya no sólo

de la antropología social, sino que de la unidad perdida de las ciencias antropológicas en general. Al terminar mi argumentación gocé de una tibia pero favorable recepción de parte de mis colegas y algunos estudiantes. Momentos después, no obstante, una estudiante de un curso avanzado de pregrado pidió la palabra. De modo respetuoso, pero firme, sostuvo que la antropología no se agotaba en la etnografía, puesto que existían muchas formas de hacer antropología que nada tenían que ver con “el método etnográfico”. Le pedí que clarificara cuáles eran estas formas, a fin de intentar reestablecer un consenso. Su respuesta, no obstante, hizo evidente que eso no iba a ser una tarea sencilla: “bueno, como usted sabe, se puede hacer antropología estudiando los archivos, y usando otros métodos cualitativos, como entrevistas en profundidad, historias de vida, y así, de muchas formas...”.

* * *

Comenzar con estas dos viñetas la introducción al número especial de la *Revista Chilena de Antropología* titulado “Etnografías del Control”, tiene como finalidad hacer evidente un discurso recurrente –a veces incluso hegemónico– que existe en la antropología chilena, del que una mayoría de los contribuyentes a este volumen intenta desmarcarse. Este discurso comparte, en términos generales, un menosprecio a la etnografía en su posibilidad de posicionarse como eje de la antropología, lo que muchas veces encuentra su origen en la polisemia con que se concibe el término. Así, por ejemplo, hay quienes rechazan la etnografía desde una crítica a la concepción estructural-funcionalista de la totalidad que ella haría abordable, y además por su asociación a un pasado “colonialista”. Otros la desestiman como una empresa impracticable, imaginándola como extensas y detalladas descripciones de las costumbres y cultura material de los pueblos sin una pretensión comparativa explícita (y muchas veces tampoco implícita) (cf. Ingold 2008). Hay otros, incluso, que entienden la etnografía como un sinónimo de “estudio cualitativo”, como el nombre que se le da a un conjunto de entrevistas semi-estructuradas o a un proceso acotado de observación “semi-participante” (sea lo que sea que signifique el prefijo semi...), lo que usualmente se hace en paralelo a la defensa local de ciertos paradigmas teóricos que parecen presuponer la realidad antes de aproximarse a ella. Este volumen es un intento inicial por hacerse

cargo de esta polisemia, proponiendo una noción alternativa de etnografía, específica e históricamente antropológica, compartida por una mayoría de los contribuyentes a este número especial. Teniendo nuestro esfuerzo un carácter inicial, no pretendemos hacer una distinción y clasificación exhaustiva ni rigurosa. Lo que queremos es simplemente mostrar la diferencia, señalarla y con ello hacerla evidente. Esta acción, que es tan política como epistemológica, tiene la intención de promover una discusión en pos de reposicionar (o tal vez posicionar por primera vez en la antropología chilena) a la etnografía, más allá de cualquier malentendido, como eje de nuestra disciplina.

Teniendo esto en consideración, es necesario clarificar que no tenemos en ningún caso la intención de que, con nuestra intervención, deba darse por concluida cualquier discusión con respecto al lugar y la naturaleza de la etnografía en antropología, ni menos que seamos nosotros quienes vamos a resolverla, necesariamente, de manera definitiva. Lo que pretendemos hacer es mucho más simple y menos pretencioso. Queremos comenzar a entretener una posición para el debate que considere una noción de etnografía que sea en sí misma etnográfica, estando fundada en nuestras propias prácticas investigativas. En este sentido, nuestra posición en el debate comienza desde una torsión a la arenga que hacía la estudiante que cité un poco más arriba. Como sostenía ella, efectivamente la antropología no se agota en la etnografía, pero, aceptado eso, debe quedar igualmente claro que sin etnografía no puede haber antropología. Para comenzar nuestra proposición intentaré rechazar dos de las asunciones generales que se hacen en Chile con respecto a la etnografía, y que se encuentran presentes en los relatos con que inicio esta introducción. Estas asunciones son, en términos específicos, que la etnografía es un método cualitativo, y/o que la etnografía es un conjunto de técnicas de investigación. Posteriormente intentaré relevar algunos elementos fundamentales a la etnografía, desde la perspectiva que proponen los contribuyentes a este número especial, para finalmente bosquejar cómo se puede, y qué implica, pensar abrazando esta concepción de la etnografía, como ocurre con el ejemplo concreto que ocupan los contribuyentes a este volumen, a través de la noción de “control”.

* * *

Tal vez como resultado de una proliferación de manuales que pretenden sistematizar la experiencia etnográfica (e.g. Hammersley & Atkinson 1994), acotarla, y definir todos los procedimientos que la compondrían, existe usualmente en los ambientes antropológicos chilenos la idea de que la etnografía es un método o una técnica más dentro de un universo concebido como “metodología cualitativa”. A esta percepción ha contribuido también, fuertemente, la difusión de una aproximación cualitativa intensiva de recolección de datos, etiquetada como etnografía, en diversas disciplinas adyacentes a la antropología. Lejos de esta idea – rígida, estática, mecánica – la mayoría de los contribuyentes a este volumen parecen concebir la etnografía esencialmente como una dualidad compuesta simplemente por una *disposición* y una *situación*. Es una *disposición*, en términos personales, porque la etnografía implica una apertura sensorial tan amplia como sea posible, sustentada en una suspensión de las propias certezas, o en su permanente cuestionamiento a partir de los estímulos recibidos en el período en que se mantiene la *disposición* misma. Y es una *situación*, en términos supra-personales, porque el correcto desarrollo de la *disposición* requiere del cumplimiento de determinadas circunstancias, entre las cuales se puede contar como fundamental una inmersión densa, extensa e intensa en un entorno sociomaterial que se pretende investigar.

Adicionalmente, es posible vislumbrar recurrentemente la categorización de muchas investigaciones bajo la etiqueta de “etnografías”, empleando dicho concepto como una suerte de sinónimo para un conjunto de técnicas cualitativas aplicadas a una población determinada, definida usualmente por alguna variable de interés para el investigador (territorio, edad, género, adscripción étnica, etc.). Aunque resulta plausible, de acuerdo a las perspectivas de los contribuyentes a este volumen, sostener que una aproximación etnográfica puede incluir este repertorio de técnicas aplicadas sobre una realidad social establecida arbitrariamente, obviamente mantener este tipo de definición de la etnografía resultaría extremadamente estrecho. Esto, fundamentalmente, porque no considera el proceso de densa inmersión y cuestionamiento intelectual que implica toda aproximación etnográfica, ni tampoco que es sólo dentro de este proceso de inmersión y cuestionamiento donde es posible

desplegar diversas técnicas de investigación en caso de ser estrictamente necesario. La etnografía es un proceso de desaprendizaje antes de ser un proceso de investigación. Implica un desarrollo de la *disposición* y la *situación* etnográfica antes de la aplicación de cualquier técnica. No puede, por lo tanto, ser definida meramente como un conjunto de ellas.

Conociendo en términos generales las dos asunciones sobre la etnografía que no comparten los contribuyentes a este volumen, me gustaría ahora enunciar someramente tres nociones que constituyen el núcleo de una postura extraída desde las contribuciones al mismo, y que permiten afirmar ahora qué es la etnografía sino un método ni un conjunto de técnicas. Como hemos dicho, estas ideas no pretenden constituir una enumeración de todas las características necesarias y suficientes para definir a la etnografía, sino solamente delinear firmemente una postura con respecto a un debate urgente para nuestra disciplina. La primera idea es bastante sencilla, y puede elaborarse a partir de la siguiente fórmula: *la etnografía es experiencia*. En segundo término, y derivada de esta idea, la segunda noción que nos interesa proponer es que *la etnografía es reflexión situada*. Por último, y en función de su dimensión comunicativa, es importante destacar que *la etnografía es siempre descripción comparativa*.

Como señala Daniel Quiroz en este volumen, la etnografía es fundamentalmente experiencia. Es en principio una inmersión contextual de distintos sujetos, en diferentes ambientes, que se vive y decanta corporalmente. Sin embargo, aunque la etnografía es experiencia, obviamente no toda experiencia es etnográfica. Lo que la define como tal es un contexto general, marcado por la *disposición* específica y las características *situacionales* que hemos descrito anteriormente. Es esto lo que permite el desarrollo de un proceso investigativo en que, quien realiza la investigación se somete a ella, transformándose en el instrumento de la misma. Al devenir instrumento, quien practica la etnografía sufre también una alteración, tanto a nivel personal como de su mundo vivido. De esta manera, esta inmersión transformativa permite una suerte de pluralidad intersubjetiva enraizada corporalmente en el etnógrafo, que le permite un permanente transitar entre la multiplicidad de perspectivas que cohabitan en la vida social sujeta a estudio.

Esta experiencia multisensorial incorporada es la que permite el segundo rasgo distintivo de la etnografía en antropología: desde esta situación experiencial es justamente desde donde emerge la reflexión. En otras palabras, la etnografía puede ser descrita, en términos amplios, como una reflexión fenomenológicamente situada sobre lo humano (cf. Biehl 2005). Es un proceso de apertura hacia la alteridad, que tiene como finalidad cuestionar lo propio, transitando hacia nuevas síntesis conceptuales más amplias y cabales. En los términos de Holbraad (2012), es un proceso de creación conceptual que, a diferencia de la filosofía, no se construye a partir de una herencia intelectual, sino que emerge de nociones nuevas, en tanto alter, que deben ser aprendidas pacientemente a través de la inmersión continuada en *situaciones* encaradas con una *disposición* etnográfica. Un ejemplo tremendamente ilustrativo de este proceder es el modo en que Malinowski (1935) muestra que para poder comprender la magia, desde el punto de vista trobriandés, es necesario primero dar cuenta de la teoría trobriand del lenguaje, que a su vez se encuentra asociada a una manera de concebir las vinculaciones sociomateriales que existen entre las distintas entidades que habitan el mundo, y así sucesivamente.

Finalmente, una perspectiva que comparte la gran mayoría de los contribuyentes a este volumen, y que de hecho es la que le da sentido y coherencia al mismo, es que la etnografía es siempre una descripción comparada. Todo esfuerzo etnográfico es invariablemente un intento por conocer cierta dimensión de la existencia humana en su particularidad, pero atendiendo a la manera en que esa especificidad ilumina ciertos aspectos del fenómeno humano en su generalidad. La descripción etnográfica siempre se articula como un trabajo de construcción conceptual que incluye al menos el marco sociomaterial de origen y donde se desarrolla la investigación del etnógrafo. Es por esto que, en su propia constitución, la etnografía es desde un comienzo comparativa. Además, es preciso señalar que la descripción de la especificidad, aunque importante, no es el fin último del trabajo etnográfico (cf. Ingold 2008). Ésta tiene en realidad la doble función de vehicular la sensación de la situación etnográfica, y de sustentar la reflexión enraizada en ella. Sin embargo, más allá de ello la descripción siempre se articula en vinculación y atención a una reflexión más amplia que la guía.

La mayoría de los contribuyentes a este volumen mantiene, entonces –junto a quien escribe esta introducción por supuesto– una noción de etnografía abierta, dinámica, y que implica una concepción de la reflexión profundamente ecológica. Esta concepción es ciertamente capital para la empresa antropológica: sin su afirmación, toda aproximación hacia una alteridad, cualquiera sea ésta, no sería nada más que un ensimismamiento etnocéntrico. Por lo mismo la etnografía es todo lo contrario a un proceso metódico: no puede ser constreñida a presupuestos teóricos ni a una planificación estricta de recolección de datos. De modo diferente, todo proceso etnográfico es guiado por el proceso mismo, por su impredecibilidad, inercia y su propio devenir. Esto implica que la etnografía no es un ejercicio pre ni post teórico, sino uno donde la teorización emerge desde la misma práctica dual, vivencial y escritural, que implica ejercerla. Es en este proceso ecológico, desestructurado, y espontáneo, desde donde brota la conceptualización. La mayoría de los trabajos que forman parte de este número especial son ejemplos de este proceso. A través de nuestra invitación a pensar una noción específica, sin mucho espacio a la ambigüedad como lo es la noción de control, los contribuyentes a este volumen han tomado el desafío de poner a prueba sus respectivas experiencias situadas, en ocasiones de más de una década, para revisitarlas y volver visualizar cómo cuando un concepto es pensado etnográficamente, en lugar de moldear la realidad social a su discreción, comienza a abrirse para colmarse de nuevos sentidos, ampliándose él mismo y ampliando nuestros mundos, de etnógrafos y lectores, en el camino. He aquí entonces un buen número de ejemplos de cómo se puede pensar una noción etnográficamente, directa o indirectamente, poniéndola de plano en tensión, o rodeándola constantemente sin nunca encararla de manera abierta. El conjunto de los artículos de este volumen constituye un compendio de lo que pueden ser las imaginaciones/construcciones conceptuales etnográficas, y cómo pueden ser gatilladas impredeciblemente, como la etnografía misma, a través de la inclusión de las más diversas aristas. Por ejemplo, a través de la noción de control.

Agradecimientos: Agradezco los comentarios que hicieron a una versión preliminar de este texto Pablo Briceño, Piergiorgio di Giminiani, José Isla y Miguel Pérez. Este trabajo se realizó con

el apoyo del Centro de Estudios Interculturales e Indígenas, CIIR (CONICYT/FONDAP/15110006).

BIBLIOGRAFÍA

- Biehl, J.** 2005. *Vita: Life in a zone of social abandonment*. University of California Press, Berkeley.
- Hammersley, M. & P. Atkinson.** 1994. *Etnografía: Métodos de investigación*. Paidós, Barcelona.
- Holbraad, M.** 2012. "Truth beyond doubt: Ifá oracles in Havana". *Hau: Journal of Ethnographic Theory* 2 (1): 81-109.
- Ingold, T.** 2008. "Anthropology is *not* ethnography". *Proceedings of the British Academy* 154: 69-92.
- Malinowski, B.** 1935. *Coral Gardens and their magic*. American Book Company, New York.
- Quiroz, D.** 2016. "Notas sobre el control de la etnografía desde una etnografía descontrolada [a propósito de la caza de ballenas en las costas de Chile]". *Revista Chilena de Antropología* 33: 59-70.